

Comparación de dos esculturas, una románica y otra gótica.

(Virgen de la catedral de Gerona y Virgen de la catedral de Toledo).

Al ver la Virgen románica de la Catedral de Gerona se comprende el racionalismo expresivo y simbólico que caracteriza el estilo. La imagen parece conservar la rigidez de la materia bruta en la que está labrada, y toda la distribución de los volúmenes y de las formas responde



a un plan geométrico preestablecido y dirigido por una acusada simetría axial. Las facciones y el plegado de las telas conserva, aún, la esencia de la estatuaria romana del siglo IV, cuando la síntesis de las formas y la fuerza expresiva iba sustituyendo al ideal de belleza helénica. Por el contrario, la imagen gótica, en su graciosa curvatura, nos acerca al naturalismo y a una estética más basada en la sensación que en la razón. Las proporciones, los humanizados gestos y el plegado nada artificioso son los principales elementos diferenciales.

Observemos el plegado románico: severo, ceñido a cánones fijos, y laborado con la minuciosidad de quien sólo tiene permitido complacerse en el detalle y en el arabesco sobre un plan fijo. Pero al mirar el plegado gótico advertimos, en

seguida, la enorme libertad de trazado, modelado y composición, que por otra parte está obtenido del riquísimo e inagotable natural.

Pero todo esto, por sí solo, no sería suficiente a no ser por la trascendencia de su mensaje. La imagen románica transmite eternidad, solemne majestad, distanciamiento con los humanos; impone y sobrecoge. La Virgen gótica, por el contrario, transmite dulzura y belleza, deseos de vivir, y parece acercarse a los seres humanos, siendo uno de ellos, para convivir con ellos. Además, observando la Virgen románica se advierte la falta de la mano derecha del niño, pero es de presumir que llevase un cetro o un símbolo de su poder; y al mirar la Virgen gótica vemos que el cetro se ha convertido en una flor.

Meditando sobre estas esculturas puede sentirse vivamente cómo la fe del hombre del siglo XII era movida por el temor, mientras que el fervor del hombre del XIII y del XIV, era debido a una esperanzada fe, plena de amor.